

ct

La fuerza de Coriolis

de
Maribel Bayona

(fragmento)

-Nunca había seguido a una mujer.
La estoy buscando desde hace días.
Su rostro es tan dulce.
Como si fuera usted siempre consciente de que tenemos que morirnos.
(Peter Handke. *La mujer zurda*. Traducción de Eustaquio Barjau)

PERSONAJES:

MUJER

NIÑA

VOZ TELEFÓNICA

PERRO

AMIGA INESPERADA

PAKISTANÍ

RATA

ALGUIEN

*(DÍA 0. Noche. Una casa. Desorden. Libros. Ropa. Papeles. Luz artificial.)
(Una bañera. MUJER de espaldas, mojada y desnuda. Sentada sobre sus nalgas.
Inmóvil.)*

MUJER

Me quedé mirando durante un largo rato el remolino que el agua turbia de la bañera producía al precipitarse por el desagüe.

Antes.

Había una niña pequeña a mi lado. “Mira”, me dijo. Y obvié su voz. “Te he dicho que mires”, insistió.

Y entonces me hipnoticé. Apoyé mis nalgas desnudas sobre el frío mármol. El tiempo se dilató. Los sentidos se agudizaron. Mi respiración curvó mi vientre relajado en un movimiento conocido y constante.

Y vi. Y miré. E intenté comprender.

El remolino se ensanchaba o empequeñecía sin aparente razón lógica, pero nunca desaparecía. El sonido absorbente de la succión, ronco y estridente, parecía amplificado.

“¿A qué se debe? ¿Por qué los remolinos?”, pregunté en voz alta.

La niña seguía allí.

“Es la fuerza de la inercia”, dijo.

“Entiendo”, respondí.

“En realidad, es un recuerdo palpable de la rotación de la tierra”, concluyó.

“Eso es imposible. Es imposible que el efecto de la inercia tenga repercusión sobre algo tan pequeño”, rebatí.

Pero nadie me escuchó. La niña ya no estaba allí.

Después.

Sentí de nuevo el frío bajo mis nalgas y me levanté, algunas gotas desprendidas de mi pelo húmedo resbalaron por mi espalda, virando su recorrido descendente levemente hacia mi cadera. Intenté caminar hasta la toalla, colgada apenas a dos metros frente a mí. Y en el segundo paso, mi pie izquierdo fue incapaz de colocarse delante del derecho, incapaz de trazar la línea recta. Ladeada como estaba, alargué el brazo para agarrar la toalla y justo cuando estaba a punto de conseguirlo, mis dedos rozando el áspero algodón amarillento, me caí. Una vez más me caí. Por última vez, caí.

(MUJER cae de lado. Cae del todo.)

(DÍA 1. Atardecer. Casa. MUJER con un teléfono en la oreja.)

VOZ TELEFÓNICA

¿Había una niña?

MUJER

Sí, una niña.

VOZ TELEFÓNICA

¿Era pequeña?

MUJER

Sí, claro, era una niña. Te lo he dicho.

VOZ TELEFÓNICA

¿Cuántos años?

MUJER

No sé, cinco, ocho, siete, seis, algo así.

VOZ TELEFÓNICA

¿Qué edad tenías cuando murió tu padre?

MUJER

Ya estamos.

VOZ TELEFÓNICA

Contesta, por favor.

MUJER

Veintisiete.

VOZ TELEFÓNICA

¿Lo echas de menos?

MUJER

No quiero hablar de mi padre.

VOZ TELEFÓNICA

Nunca vi una foto suya. ¿Se parecía a ti?

MUJER

¿Quién, mi padre?

VOZ TELEFÓNICA

No. La niña. ¿Se parecía a ti de pequeña?

MUJER

Pues no. No creo.

VOZ TELEFÓNICA

¿No crees?

MUJER

No. No se parecía a mí. No era una proyección de mí yo infantil. No he tenido una regresión, ni era

un holograma anhelante de la hija que nunca tuvimos. Ni tiene esto nada que ver con la muerte de mi padre.

Eres muy previsible. Mucho.

Te lo cuento sencillo, para que lo entiendas. Primero había una niña y luego dejó de estar. Punto. Y yo la vi. Y me habló.

VOZ TELEFÓNICA

Veo que hoy no estás muy colaboradora.

MUJER

Es que tus preguntas no ayudan. No van a ningún sitio.

VOZ TELEFÓNICA

Pero tú sabes perfectamente que esa niña no existe. Que no estaba allí.

MUJER

Estaba. Yo la vi. ¿Por qué me llamas? ¿Por qué insistes en llamarme?

VOZ TELEFÓNICA

Me preocupo por ti.

MUJER

(...)

VOZ TELEFÓNICA

Siempre me he preocupado por ti.

MUJER

No te preocupes por mí. Estoy bien.

VOZ TELEFÓNICA

¿Y la caída?

MUJER

Ya te lo he dicho. Fue culpa de la fuerza de Coriolis, que me empujó.

VOZ TELEFÓNICA

¿Colorius?

MUJER

Coriolis. La fuerza de Coriolis.

VOZ TELEFÓNICA

¿Qué es eso?

MUJER

La inercia, la tierra que se mueve, la rotación. Tú te crees que estamos quietos, pero no.

VOZ TELEFÓNICA

¿Y por eso te caíste?

MUJER

Camina.

VOZ TELEFÓNICA

¿Qué?

MUJER

Que camines.

VOZ TELEFÓNICA

¿Ahora?

MUJER

Traza una línea recta. ¿Dónde estás?

VOZ TELEFÓNICA

En casa de mi madre.

MUJER

Vale. Ve de la cocina al baño.

VOZ TELEFÓNICA

(...)

MUJER

¿Ya?

VOZ TELEFÓNICA

¿Ya qué?

MUJER

¿Ya has ido?

VOZ TELEFÓNICA

No.

MUJER

Pues ve.

VOZ TELEFÓNICA

Voy, ya voy.

MUJER

¿Y?

VOZ TELEFÓNICA

Y nada.

MUJER

¿Te has caído?

VOZ TELEFÓNICA

Pues claro que no.

MUJER

No te has caído. Normal. En tu caso es normal.

VOZ TELEFÓNICA

¿En mi caso? ¿Por qué en mi caso? ¿Qué quieres decir?

MUJER

Tú crees que has trazado una línea recta, ¿no?

VOZ TELEFÓNICA

Claro. Esta casa es todo pasillo.

MUJER

Pues no. No has trazado una línea recta.

VOZ TELEFÓNICA

Muy bien. ¿Y?

MUJER

Que eres inercia.

VOZ TELEFÓNICA

¿Por qué siempre tienes que reprochármelo todo?

MUJER

Todo tú eres inercia.

VOZ TELEFÓNICA

Te caíste.

MUJER

No recuerdo nada.

VOZ TELEFÓNICA

Deberías ir al médico.

MUJER

¿Al médico?

VOZ TELEFÓNICA

A lo mejor es grave, algo en la cabeza.

MUJER

Te he dicho que estoy bien.

VOZ TELEFÓNICA

No. No estás bien. ¿Te has duchado hoy?

MUJER

Todavía no.

VOZ TELEFÓNICA

Es casi de noche.

MUJER

¿En serio?

VOZ TELEFÓNICA

Dime que has abierto persianas y ventanas. Te lo dije. Es importante ventilar. Te vas a pudrir ahí si no ventilas.

MUJER

Que sí. He abierto, he abierto. Es sólo que he perdido la noción del tiempo. He estado trabajando.

VOZ TELEFÓNICA

¿En qué?

MUJER

He estado leyendo.

VOZ TELEFÓNICA

¿Has comido algo?

MUJER

Y he escrito también.

VOZ TELEFÓNICA

¿Quieres que te lleve algo de comer?

MUJER

Lo he escrito todo en un papel. Te llevaste el ordenador.

VOZ TELEFÓNICA

Me cuesta reconocerte. Pareces otra. ¿Estás borracha?

MUJER

He escrito sobre lo intangible, sobre el cuerpo, sobre la trascendencia. ¿Por qué te llevaste el ordenador?

VOZ TELEFÓNICA

Me duele mucho oírte así.

MUJER

¿Quieres que te lo lea?

VOZ TELEFÓNICA

Me duele esta conversación.

MUJER

Tengo letra de niña de seis años.

VOZ TELEFÓNICA

Voy a colgar.

MUJER

Creo que antes tenía mejor letra. La falta de práctica, supongo.

VOZ TELEFÓNICA

Intenta descansar, por favor.

MUJER

¿Tienes tiempo?

VOZ TELEFÓNICA

Y come algo.

MUJER

¿Te lo leo?

VOZ TELEFÓNICA

Te llamaré mañana.

MUJER

Te lo leo.

VOZ TELEFÓNICA

Cuídate. Te quiero.

MUJER

¿Sigues ahí?

(VOZ TELEFÓNICA cuelga el teléfono. Escuchamos pitidos intermitentes de línea

telefónica interrumpida. MUJER, todavía con el teléfono en la oreja, por encima de los pitidos, lee un papel.)

MUJER

Estoy intentando conquistar algo nuevo.

Una cosa distinta.

Una nueva asociación.

Estamos disociados, pienso.

Y trato de decírtelo, aunque no estés aquí.

El cuerpo.

*Es el cuerpo el que está disociado,
el cuerpo de la trascendencia.*

Estoy preocupada por los afectos.

Me preocupan.

Me ocupan, los afectos.

El cuerpo también es trascendente.

¿Cómo no lo habíamos podido ver antes tú y yo?

Los cuerpos no improvisan.

Se dejan afectar.

Los cuerpos se dejan afectar por los efectos.

Todas las fuerzas de los cuerpos están en relación.

Las relaciones producen efectos en los cuerpos.

Por eso nuestro cuerpo debe ser nuestra brújula.

Nuestro saber viviente.

Pero una brújula sin valores, imágenes ni palabras.

Una brújula sin certezas.

Una brújula sin norte.

Así, cuando la amenaza se acerque,

esa amenaza latente,

poder transfigurarnos.

En otros lugares,

otras maneras,

otras formas.

Superar el vacío de las no imágenes,

de las no palabras,

de las no certezas

y perseverar en nosotros mismos,

creando una nueva forma de existencia.

Y convocar al deseo.

Convocar al deseo siempre.

Para crear y materializar aquello que la vida nos pide cuando se siente amenazada.

Una obra de arte.
Una insignificancia.
Material inflamable.
Huesos, pelos, polvo.
O algo.
Nuevo.

Sin imágenes.
Sin palabras.
Sin formas.
Sin certezas.

(MUJER cuelga el teléfono. Cae la noche.)